

ciendo, en el que se cruzaban corrientes y tendencias que, conforme han sido conocidas, han acabado con las ideas simplistas sobre la época.

El P. Damián, investigador de aquellos años, expone en este trabajo sus últimos descubrimientos y algunos de los resultados que tiene por ciertos, respecto a la vida y obras de una serie de «Maestros» del siglo XII.

Así, de Roberto de Tuy fija como fecha probable de su muerte la de 1130. En relación con la personalidad de Pedro de Vinea, analiza las varias posibilidades y deja la cuestión tal y como se presenta después de sus últimas investigaciones, identificándolo como el famoso Magister Petrus de las discusiones sobre el papado. Roberto de Camera, obispo de Amiens, vivía en 1165 en Amiens, ejerciendo la función de abogado. Una personalidad bastante conocida ya es la de Sicard de Cremona, obispo de Cremona y autor de una *Crónica Universal*. El P. Damián completa algunas informaciones sobre sus obras, indicando fuentes y fallos del autor. R. Modici continúa tan desconocido como hasta ahora, siendo probable que se trate de un tal Rodoico Modici passus, maestro de Bolonia. Una de las personas más profundamente estudiadas es el maestro Martin, que enseñó en París. Se le tiene como autor de una *Suma teologica* que se conserva bastante bien. Parece ser posible ya su identificación con Martin de Fougeres. En realidad, el maestro Martin es un formidable plagiario de obras anteriores y contemporáneas, reconociéndolo así él mismo en la introducción de su *Suma Teologica*. Finalmente, respecto de Guy d'Orchelles, el P. Damián analiza una cita posterior de Ricardo de Mediaville, lo que le hace resaltar del plano general y nada importante, que significa el conjunto de los magistrales del siglo XII.—M. ORTUÑO.

KLUBERTAND (G.): *The Teaching of Thomistic Metaphysics*, en «Gregorianum», año XXXV, 2 vol. XXXV. Roma, 1954 (págs. 187-205).

El Padre Klubertanz se plantea tres cuestiones a propósito de la enseñanza de la metafísica tomista: ¿Pueden los jóvenes aprender metafísica? ¿La metafísica no puede estudiarse antes que la filosofía de la naturaleza? ¿Es posi-

ble que la metafísica tomista exista como disciplina independiente de la teología tomista?

Santo Tomás no creía que los jóvenes puedan aprender metafísica, pero hizo notar que los estudiantes, normalmente, no adquieren ninguna *scientia* de repente. Por lo común, empiezan aprendiendo alguna cosa confiando en el criterio del maestro; más tarde van adquiriendo opiniones personales, y así, llegan a pensar filosóficamente. Pero incluso aquellos no capaces de adquirir la costumbre de la metafísica, pueden ganar mucho estudiándola en su juventud. Algo retendrán, y estarán preparados para leer con interés textos filosóficos.

El autor opina que la metafísica no sólo puede, sino que debe estudiarse antes que la filosofía. No da validez a los argumentos comúnmente opuestos a esta idea, y ve, además, una razón de oportunidad: los estudiantes americanos pertenecen a una cultura altamente técnica, y adquieren muy pronto grandes conocimientos científicos y confianza extremada en los métodos técnicos. La filosofía, cuando se enfrentan con ella por primera vez, les produce la impresión de ocuparse inútilmente de las mismas cuestiones. En cambio, todo estudiante serio siente problemas personales: de orden moral, sobre su destino, sobre la existencia de Dios. Es fácil mostrarle que no es posible resolver esas cuestiones con métodos científicos, y así, la metafísica resulta la mejor introducción para el estudio de la filosofía, en su conjunto.

En el racionalista siglo XVIII los tomistas llegaron a considerar el tomismo como un sistema filosófico independiente, racional y natural en absoluto. El Padre Klubertanz insiste en lo erróneo de esta concepción, error demostrado por los estudios contemporáneos sobre el siglo XII, especialmente por los de Etienne Gilson. Santo Tomás era un teólogo, y su filosofía se desarrolló dentro siempre de la teología. ¿Podría hoy desenvolverse una metafísica tomista independiente? Sí, contesta el autor, con tal de que lo sea por un teólogo que comience por estudiar y comprender la doctrina de Santo Tomás, y a continuación «repiense» por entero las partes metafísicas en potencia, dándoles una forma nueva, de líneas netamente filosóficas.

Queda aún preguntarse si esa labor convendría. El ilustre profesor de la Universidad de San Luis ve un peligro de «imperialismo teológico», entendiendo con esa expresión la tendencia de algunos teólogos a considerar sinónimos teología y verdad «real», y hacer dependiente de la reina de las ciencias toda sabiduría «real» o «verdadera». La teología incluye en una unidad de altísimo orden todas las disciplinas, pero cada disciplina tiene su propia esfera.  
M.<sup>a</sup> ELISA MASEDA.

FERRATER MORA (José): *Suarez and Modern Philosophy*, en «Journal of the History of Ideas», vol. XIV, núm. 1, octubre 1953 (págs. 528-547).

Lo primero que hay que plantearse es si realmente existe una «filosofía moderna» y, sobre todo, una filosofía de la Contrarreforma. Suponiendo que el problema se resuelva en sentido afirmativo, lo que, sin duda, puede hacerse desde el punto de vista histórico, de hecho hay sistemas, como los de Descartes, Spinoza, Locke o Hume, que podemos calificar de modernos, no solamente porque cronológicamente aparecen en la época moderna, sino también porque expresan el «espíritu» moderno como algo diferente del período medieval y del renacentista.

Si bien, como dice Ortega y Gasset, con Descartes comienza la filosofía moderna, ésta es, sin embargo, bastante más compleja que el cartesianismo.

Y lo dicho de la filosofía moderna puede igualmente afirmarse de la filosofía de la Contrarreforma, que históricamente no parece ser preponderantemente un asunto filosófico. La Iglesia católica siempre mantuvo que la Contrarreforma no nació a consecuencia del Protestantismo, sino que, muy por el contrario, se inició bastante antes. Si esto es así, el Concilio de Trento y las obras teológicas y filosóficas escritas después de la primera mitad del siglo xvi serían simplemente la última fase de un largo período incesante, porque la Iglesia no deja de reformarse según la vieja máxima *vetera novis augere*, y la Reforma más sería una caricatura de la contrarreforma que otra cosa.

El interés filosófico, y especialmente

el interés por una filosofía capaz de explicar el mundo y la persona humana en términos racionales, es común a la filosofía moderna, a los protestantes desde Melanchton y a los filósofos contrarreformistas.

La importancia de Suárez se debió a que fué el primero en erigir un cuerpo sistemático de metafísica en una época que deseaba algo más que comentarios a Aristóteles o que filosofía retórica como la de Petrus Ramus o que una vaga filosofía escéptica. Se puede concluir que los filósofos de la Contrarreforma, y particularmente los jesuitas, son hasta cierto límite filósofos modernos. Y no porque estuvieran influidos por la filosofía moderna o premoderna, o porque, como Arriaga y Caramuel, se interesaran por la ciencia moderna, sino porque pretendían responder a los mismos problemas que los filósofos modernos.

Sin reconocer esto no se puede entender que algunos de los principales filósofos modernos —Descartes y Leibnitz, por ejemplo— tomaran en consideración, implícita o explícitamente, el Escolasticismo del barroco y, en particular, el de los jesuitas españoles, y que estos mismos jesuitas con su vocabulario tradicional adelantaran problemas sorprendentemente «modernos».

La influencia del Escolasticismo español sobre el pensamiento moderno se debe a que pertenecía al «espíritu moderno». Si no siempre parece así, es porque los historiadores han dado excesiva importancia a las cuestiones terminológicas y han descuidado la comprensión del significado de los vocablos.

Pocos años después de que la Reforma y la Contrarreforma se extendieran por Europa resurgió el análisis metafísico e indujo a casi todos los pensadores a replantearse los problemas desde el punto de vista metafísico. Aunque la Contrarreforma y la Reforma fueran, en principio, asunto de fe, esta fe fué la que nutrió el pensamiento filosófico del período. La razón ya no es, como en Santo Tomás de Aquino, un sistema de exposición, sino un método de demostración.

La modernidad de la obra de los teólogos y filósofos jesuitas españoles de entonces es casi incuestionable; su error es haber puesto el vino nuevo en las botellas viejas. En épocas de crisis